ROSA JIMÉNEZ
EL LIMO

TUSQUETS
EDITORES

Nos hallarán muertos

Y entonces, el recuerdo.

Aquella noche la carretera de los Saltos, que cruzaba el pueblo y lo dividía en dos, estaba en obras. Apestaba a alquitrán fresco. Los gorriones, ajenos a la advertencia de no pisar, habían dejado sus huellas sobre el brillo del asfalto. Todas las tardes después de venir del baño en las pozas hacíamos carreras con las bicicletas lanzándonos desde lo alto de la cuesta. Ganaba quien llegara el primero al parque del Corchuelo sin haberse levantado del sillín. El temblor del cuerpo. La vibración de los baches y de los socavones mientras lanzábamos gritos inútiles de guerra. Porque estábamos en guerra. Siempre. Contra los padres. Contra el agua de la garganta de la sierra que nos dejaba la piel seca y tirante. Contra nosotros mismos.

Nuestro juego se había acabado porque unos días atrás un motorista se había salido de la carretera al intentar esquivar los baches. Se estrelló de cabeza contra el escaparate de la carnicería. Como no llevaba casco, se dejó el cerebro entre las orejas de cerdo, la casquería y los costillares. Los familiares habían denunciado al ayuntamiento y el alcalde, que en los últimos años veía envejecer el pueblo sin ponerle remedio, abandonó su inmovilidad para socavar nuestras trincheras.

En la calle solo funcionaban tres farolas. Sus puntos de luz espolvoreaban de ámbar la negrura llenándola de una esperanza turbia. El murmullo desenfrenado de la música se deslizaba entre las juntas de la puerta de la Rainbow. Alguien debía de estar jugando al baloncesto en el colegio de la colina porque se oía el eco lejano del balón contra el cemento. Por la tapia de la única casa colonial del pueblo asomaba la hiedra. Abandonada, comida por las zarzas. Allí solo entraba Cristina, la Espiritista, cuando removía a los muertos en sus tumbas y los soltaba por el pueblo y entonces toda la naturaleza se encogía para no toparse con ellos.

—Échale el agua bendita.

El aliento de Erica en el lóbulo de la oreja. El

olor a tabaco. Las anfetaminas. El agujero en mi estómago. Una hondonada en busca del alma. Le di una calada al Ducados que le había quitado a Busián en los Recreativos. Sabía fuerte. Busqué a lo lejos al Padre y a *Daisy*. Aunque era imposible que estuvieran paseando a las tres de la madrugada, me los imaginé yendo hacia el parque del Corchuelo, barriendo la acera con sus pasos cortos, dirigiéndose hacia la puerta de la discoteca al verme. Sacándome de aquel lío.

Sentí la sutileza de la mano de Erica sobre mi hombro. Las caricias que te ponían en guardia.

—Vera, tienes que hacerlo.

Me desaté el jersey de la cintura. Me lo eché sobre los hombros. A finales de agosto el aire frío de la sierra aullaba con violencia y reclamaba al pueblo y lo sumía en la desesperación de un territorio colonizado por la fuerza de los vientos. La cara, sin embargo, me bullía como calostros hirviendo. En el interior de la Rainbow, el DJ pinchaba una versión de «The Rhythm of the Night».

Me gustaba esa canción.

Me gustaba mi vida antes de la llegada de Olivia.

—Venga, va. ¿Qué quieres? ¿Que nos encuentren a todos muertos? Que las siguientes somos nosotras, ya verás.

—Joder, Erica, espérate. Espérate un poco.

Di un paso atrás. Abrí el bolso. Junto a unos pañuelos sucios y un pintalabios rojo que había comprado en el bazar, estaba la botella de plástico con el agua bendita. Apoyada en la fachada de la discoteca, Olivia se miraba las sandalias de cuero. Toda ella inescrutable. Toda ella tan extraña que no parecíamos de la misma familia. Llevaba una camisa de manga corta abullonada y una falda de tablas. Le había prestado un bolso de croché que no usaba desde el año anterior. Si buscabas «hortera» en el diccionario, había una foto de la prima. Los hielos derretidos formaban una lámina viscosa en su copa de Malibú con piña. De algún sitio vino el olor a amoniaco de la cocaína fumada. El cartel de la Rainbow —siete líneas de colores fluorescentes— parpadeaba, a punto de fundirse. ¡Pelea!, gritó Richie Camuñas a mi espalda, con la voz templada por el vino. La gente se arracimó detrás de nosotras y el racimo se convirtió pronto en una vid extensa de ojos redondos y de cuerpos echados hacia delante y de ganas de saber y de no saber qué.

—¡Pero qué cojones está haciendo!

El grito de Erica me llevó de vuelta a Olivia. Estaba meando de pie. La orina le resbalaba por

las piernas y formaba charco en el suelo. Erica me empujó y se colocó frente a la prima.

—Puta cerda. Puta gorda marrana.

Señaló los bajos de mi pantalón vaquero de campana, salpicados de orina. Erica estaba fuera de sí. De una forma distinta, yo también. Aquello le pasaba a una Vera que no era yo. Salirse del cuerpo. Abandonarlo. Huir o enfrentarse. Huir. Siempre huir. No hay dilema cuando la elección es única. Cerrar los ojos para que los demás no te vean. El dolor. Un dolor inespecífico. La piel. Los huesos. La existencia.

Uno de los coches aparcados en la acera encendió el motor. Las luces del bar Revuelta, unos metros más abajo, se apagaron. A lo lejos sonó una bandurria. Me pregunté quién estaría tocando a estas horas. Por qué el pueblo parecía más despierto que nunca. Por qué la vida no se callaba.

—¿A qué esperas? —me dijo Erica mientras se apartaba—. Me cago en tu puta madre, la loca, si no le echas el agua bendita. En tu puta madre y en tu puto padre y en tu puta perra.

Pensé en Gusi, en todo lo que había pasado entre nosotros. La ira se había marchado dejándome a solas con la tristeza y la tristeza era pura traición a la herida. Olivia me ayudó a recuperar

la rabia. Se metió la mano debajo de la falda, mojó los dedos en orina y me los restregó en la cara. La furia me tensó la mandíbula. El corazón se me mudó a los músculos. Palpitó, acomodándose a una piel que ya no daba más de sí, que se daba con el tope y se aplastaba. La cabeza me iba a estallar. Una lava de sesos, de materia gris y blanca. Me limpié con el antebrazo. Había un ligero rastro de olor a café en la orina. Abrí la mano y le pegué en la cara. Su cabeza se bamboleó como una muñeca pepona.

Y después la sangre.

En la boca.

Debió de morderse el labio. Las expresiones de sorpresa. Los oh, ahí va, hostia puta, joder. La violencia es animal. La violencia es onomatopéyica, gutural. La violencia es respiración acelerada.

Olivia se hizo hueco entre la gente y enfiló la carretera. Era muy tarde para que se fuera sola a las Lomas, pero en aquel momento no me importaba. No sabía que era la última vez que la vería aquel verano. Que pasarían años hasta volver a vernos y que, cuando lo hiciéramos, sabríamos que nuestras existencias estaban enlazadas por algo más que aquel bofetón en la cara.

—Te has pasado, Vera. Menuda hostia le has

pegado. Bueno, mañana estará como nueva. Es solo un aviso. A ver si así se le quita lo que tiene dentro. Aunque se te ha olvidado el agua bendita.

Un aviso nada más. La satisfacción de Erica sonaba húmeda, pasada por cien lenguas que chorreaban saliva. Descubrí a Koku en la puerta de la discoteca. Me acerqué y le cogí del brazo para llevármelo a los reservados. Miré hacia atrás un momento. La figura de Olivia se iba haciendo más pequeña. El cartel de la Rainbow dejó de parpadear y se apagó durante unos segundos. Después, como si no hubiera pasado nada, retomó su agonía.

Siete líneas, siete balas de colores, disparadas en la soledad de la noche.

Han pasado cuatro días. Tres desde que Olivia se fue del pueblo. Las obras en los Saltos forman un pantano de chapapote, piedra triturada y arena. El cierre metálico de la carnicería sigue bajado. En el suelo, a pesar de los cubos de agua y de la lejía de Paloma, la carnicera, permanece la sangre oscura y pegajosa del motorista. Nadie va a comprar allí. Sangre llama a sangre, se oye por las calles, sin sospechar que durante el verano se derramará

mucha más. La Espiritista en sus espiritismos de cenizas y vísceras de cabra vieja dice que el muerto tenía cuentas pendientes y hasta que no las resuelva no se irá de entre los vivos, y Paloma, que ya puede darse prisa o lo mata dos veces.

Cuatro días. La mancha de sangre se acomoda en la acera. Entre los restos de chicle, la hojarasca y la gravilla. La carnicera está al borde del colapso. Los tíos vuelven a Madrid y se llevan a Olivia con ellos. Y yo, comida por la rabia, he empezado con las pesadillas.

Una noche soñé que un toro me penetraba por detrás mientras me agarraba a sus cuernos.

1
Llevas contigo el fuego

—¿Qué crees que le va a decir?

Se lo he contado. Llevamos, según el reloj del móvil, dos horas mandándonos mensajes de audio. Podríamos habernos llamado, pero eso sería cambiar los términos de la relación. Su voz es profunda. Su voz es de locutor de radio, pero Aitor es anestesista. Eso les da miedo a mis amigas. Dicen que a ver si va a ser un asesino en serie y me va a dormir cuando quedemos y me va a hacer algo y después ellas tendrán que salir en los medios ojerosas y consternadas, todo lágrimas y pena, diciendo maravillas de mí. Que a ver si me va a hacer algo que yo no quiera, claro. Y se ríen.

Trabaja en dos hospitales privados. Uno en la sierra de Madrid y otro en Alcobendas. Apenas dispone de tiempo libre, pero tiene pensado jubilarse pronto para vivir la vida. En unos diez años,

calcula. Se ha reído cuando le he preguntado qué está haciendo ahora, si ahora ha elegido muerte hasta que le venga la vida. Le gusta cómo retuerzo el lenguaje, me dice. No tiene hijos. Se ha separado hace tres años, así que cumple la primera regla de mi particular club de la lucha: nunca salir con un hombre que lleve menos de dos años divorciado. Si aún habla de su ex, cortar de inmediato el contacto. A Claudia un tipo le lloró después de haberse acostado con él porque se acordaba de su exnovia, según él, el amor de su vida. Me estás haciendo sentir como el culo, le dijo ella. Y el tipo lloró más fuerte.

—No lo sé. Pedirle perdón en persona, imagino. Ya se lo ha pedido por carta.

—¿Tú serías capaz de perdonar algo así?

Pienso en Gusi. Me he dado cuenta de que, de una forma u otra, nunca he dejado de pensarlo. Nunca me he atrevido a usar la palabra que tengo ahora en mente. He preferido no hacerlo. ¿Cobardía? Supervivencia.

Me ha salido una erupción en la mano derecha y me pica. Muevo los dedos para mantenerlos ocupados, bien lejos de la herida, que se emperra y se abulta cuando la rasco.

—Tengo una erupción en la palma de la mano.

Más de una vez Aitor se ha quejado de que cuando dice que es médico, las chicas de Tinder le tratan como si estuviera en la consulta. Primero la clasificación de síntomas. Después el diagnóstico. Tal y como está la lista de espera en la Seguridad Social, les sale mejor tener una cita con él, bromea. Cuando ellas mencionan el inventario de dolores, achaques y molestias musculares, él ya solo puede verlas como pacientes. Medicaliza los cuerpos. Se convierten en pura anatomía. A mí el físico de una persona, en sí mismo, no me atrae, me dijo cuando le envié la primera fotografía. Y no supe cómo tomármelo.

—¿En qué zona exactamente? Hazle una foto y me la envías.

Me encanta cuando se pone en plan médico. Tan serio. Tan profesional. Tan sexi.

—No te preocupes. Me la ha visto el dermatólogo. Dice que es el estrés.

Aitor enlaza varios emojis sonriendo.

—Ya estamos. Siempre lo mismo. Los dermatólogos y el estrés. Es su respuesta para todo. Pero no me has contestado. No cambies de tema. ¿Perdonarías algo así?

—¿Para qué lo quieres saber? ¿Harías tú algo así?

Su respuesta es rápida.